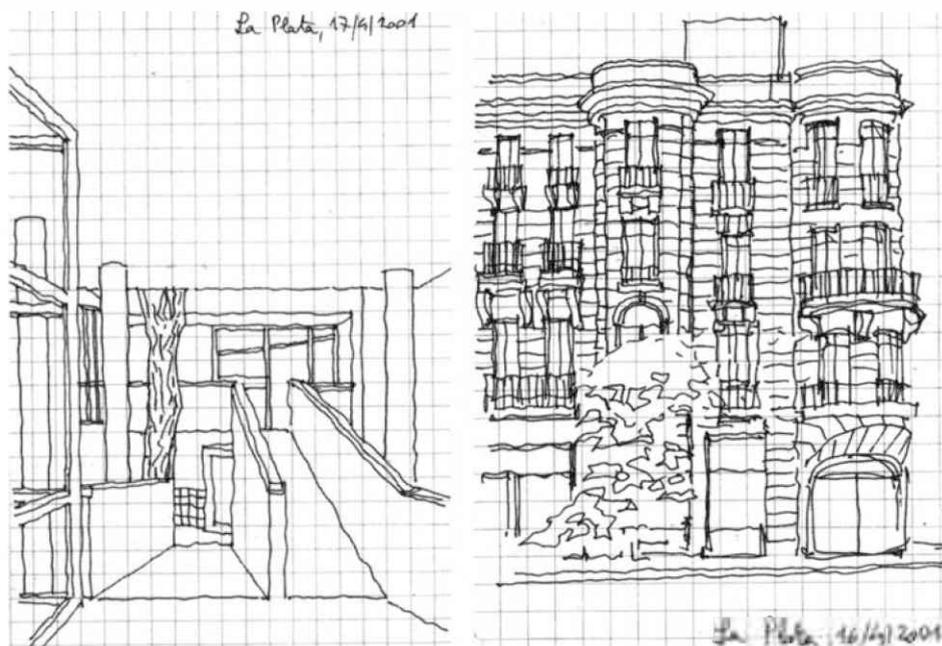


Unos días con Purini

Alberto Sbarra,
Laura Fontán



Han pasado ya varios meses de su visita. ¿Qué habrá significado para Franco Purini aquella visita, en sus dibujos, en sus clases, en sus proyectos y obras?

Para muchos de nosotros, la posibilidad de invitar a Franco Purini a La Plata, era la ocasión para concluir una «asignatura pendiente» con muchos de sus proyectos en colaboración con Laura Thermes o su gran contribución a ese gran equipo que constituyó Gregotti Associati y con su libro tan discutido y leído «L'Architettura Didattica».

¿A qué se debía el imán que ejercía la producción proyectual y escrita de Franco Purini?

- A una obsesión por ciertos temas que derivaban en un lenguaje atractivo a la vez abstracto y racional.

- A un tipo de arquitectura (en especial alguna de sus proyectos primeros) que se emparentaba con ciertas estructuras arquitectónicas que emergían por estos lados: un lenguaje racional, la articulación con la historia desde una condición contemporánea, el manejo de formas claras, simples, tan fuertemente sólidas.

- A sus dibujos, que dejaban (y dejan) al pasar, su fuerza seductora, que valían mil interpretaciones, tan diferentes unas de otras.

- A su condición de arquitecto y artista dotado de un gran bagaje cultural.

A partir de allí, el ofrecimiento de Oscar de Antoni para invitarlo, tuvo nuestro inmediato consentimiento, pero nuestra sorpresa fue aún más grande cuando él aceptó venir sin condiciones, quizá también para conocer La Plata o para ver la casa Curutchet (fig. 1), imaginando y soñando el vasto paisaje latinoamericano.

Para nosotros fue la mejor despedida de nuestra gestión al frente de la FAU, porque podíamos compartirlo con tantos amigos. Para Franco, un amor a primera vista con la ciudad de La Plata, una especie de mandala (en su plano original) como a él le gusta decir, una «città ideale realizzata» como expresó entre otras cosas en las dedicatorias de su último libro «Comporre l'architettura» que nos regaló. Ciudad que inspiró tantos dibujos, tantas ideas inclusive, antes de conocerla.

Estaba feliz de habitar un viejo edificio reciclado, ahora convertido en hotel, tan característico de la diagonal 80 de La Plata y de su fundación, a 100 metros de la Estación de Ferrocarril, en un ambiente gris de cierta degradación, de rostros

propios y ajenos, de infinitas historias. Benevento / 3* rezaba el cartel. Habíamos podido conseguir justo la habitación de la esquina, la más grande... (fig. 2)

Como hacíamos con todos los profesores invitados le asignamos un asistente personal, Agustín Olivieri, que seguía a sol y a sombra todos sus movimientos para que nada le faltase. Claro, muchas veces Franco «rompía el protocolo» y enfundado en su traje gris oscuro, camisa blanca y corbata, zapatos negros y una pequeña libreta de apuntes (como la de Le Corbusier?) se perdía por las calles de la ciudad dibujando, tomando apuntes, «me bajo aquí, prefiero caminar» o a la salida de un restaurante, ya de noche, tarde, agradeciendo la cortesía, prefiriendo perderse por alguna calle o diagonal de la ciudad. De baja estatura, este hombre de barba recortada y minúsculos anteojos, miraba el mundo y lo convertía en dibujos que volcaba en su inseparable libreta, la misma que abría rutinariamente los cinco días del curso para iniciar sus charlas, siempre convocantes, siempre inteligentes.

Puntual y riguroso en la estructura de sus clases, no hacía falta la traducción para comprender sus ideas. Su vocación docente y su entrega estuvieron siempre desde el primero al último día. Y como cierre, el ejercicio proyectual, un centro cultural en las afueras de la ciudad, en zona de quiebres y rulos de tránsito. Empezó con una apelación a la idea de concepto: cada participante expresó su propio «ideograma», un dibujo único que expresara la genealogía del proyecto futuro, que luego Franco fue pegando uno a uno, prolijamente en las paredes del aula, hablando de cada uno, minuciosamente, sin importar la hora, con generosidad y convicción, con el compromiso asumido, rescatando tanto el dibujo del joven estudiante avanzado, como el trazo de algún experimentado docente. Hubo entre Franco y nuestra ciudad un profundo afecto mutuo. Nosotros quizá fuimos los vehículos para que la ciudad, ese dibujo tan riguroso y abstracto despertara en él un sinnúmero de nuevas ideas y nuevos dibujos.

La ciudad agradecida, fue por esos días nuevamente inventada y muchos de sus lugares otra vez descubiertos.

Los textos de este artículo, son el resultado de posteriores reflexiones que ya desde Roma Franco nos hizo llegar, como parte de un contacto epistolar, que hasta hoy mantenemos. Nuevamente, somos sólo vehículos de ello ■